

# I

Daniel Luna llegó a la estación de Chamartín con media hora de antelación. Se enfundó el uniforme y se permitió una breve visita a la cafetería, contraviniendo la rutina de treinta y cinco años de servicio.

—Un americano largo de café —pidió.

Rosario, la camarera, se apresuró a servir la consumición. Conocía a Daniel desde hacía tiempo y sabía de sus costumbres inalterables. Intuía que había algo nuevo en la vida del revisor, de la misma forma que adivinaba los retrasos de los trenes por la longitud de las zancadas de los jefes de estación.

—¿Cómo usted por aquí? ¿A qué debemos tanto honor?

—Es bueno que vaya acostumbrándome a estar a este lado de la vía, Rosario. Pronto seré un pasajero más. Hoy es mi último viaje como revisor. Me jubilan. Los que mandan dicen que hay que reestructurar el personal y que los viejos sobramos.

Rosario sabía que últimamente habían habido muchas jubilaciones anticipadas, pero el revisor no tenía aspecto de tener más de cincuenta y cinco años. No es que fuera un adonis, pero se conservaba bien. Siempre impecable con su uniforme reglamentario, como si se tratara de un almirante de la armada británica; con los zapatos brillantes de betún y la camisa sin una arruga. Se conocían desde hacía más de veinte años, de cuando ella servía en la cantina de empleados. No sabía por qué, pero siempre se había sentido atraída por él. Sobre todo cuando se enteró de que, tras enviudar, se hizo cargo él solo de tres niños pequeños. Sin embargo,

nunca se le había insinuado abiertamente. Daniel seguía viudo; y Rosario, soltera.

—¿Sin azúcar, como siempre? —preguntó saliendo de su sorpresa.

—No, Rosario, hoy quiero dos terrones.

Daniel saboreó el café. Observó con disimulo a la pareja que tonteaba en la mesa más alejada de la barra. La joven reía entre dientes con timidez mientras que el hombre, unos veinte años mayor que ella, pugnaba por acariciarle los muslos por debajo de la falda. El revisor, que siempre se había considerado a sí mismo un aventajado observador de la naturaleza humana, aquello le olió a aventura extraconyugal y prefirió mirar hacia otro lado.

Cuando solo faltaban cinco minutos para la salida del tren, Daniel ocupó su asiento en la cabina del maquinista.

—Próxima salida del tren expreso con destino a Zaragoza el Portillo, andén número cuatro —tronó la megafonía—. Última llamada a los pasajeros del tren expreso con destino a Zaragoza el Portillo...

Poco a poco, el tren comenzó a coger velocidad. La locomotora fue subiendo de revoluciones hasta llegar a su máxima potencia. El maquinista, con la mirada atenta a las señales luminosas que le daban vía libre, despidió Chamartín haciendo sonar el silbato de aire comprimido. Daniel continuó sentado unos minutos más, como si al hacerlo, pudiera retroceder en el tiempo y volver a tener treinta años.

No es que añorase esa época de miseria y privaciones, pero le hubiera gustado llegar a la jubilación junto a Elisa, su único amor, que lo había dejado demasiado pronto por culpa de la mala suerte y de la carencia de antibióticos en los hospitales públicos. Sus hijos crecieron, estudiaron, y

se fueron alejando del nido. Estaban bien situados y cada vez visitaban menos a su padre. Arturo, el mayor, se licenció en Derecho y trabajaba como abogado especializado en Mercantil en un bufete con sede en la calle Serrano. Águeda, la mediana y la única chica, también había estudiado leyes y fue la última en dejar a su padre. Desde la temprana muerte de su madre, había asumido el papel de mujer de la casa aun siendo una niña. Se preocupaba de que sus hermanos comieran bien, de que Daniel llevara las camisas bien planchadas, de la compra, de la limpieza... Quizás por eso siempre pareció mayor de lo que era. Para Daniel era muy cómodo tenerla cerca. Había sido un tanto egoísta al permitir que Águeda asumiera responsabilidades que no le correspondían. De manera que él había podido volcarse en el trabajo y en la lectura de las novelas de su adorada Agatha Christie.

«De no ser por tu madre, te llamarías Ágata», le había dicho a la niña desde muy pequeña». Elisa, por supuesto, se había negado. De algún modo se sentía celosa. Siempre le decía a Daniel: «Pasas más tiempo con ella que conmigo». Y su marido le seguía la corriente y bromeaba diciéndole que sí, que estaba enamorado de la Christie. Entonces, Elisa fingía enfurruñarse y le escondía la novela que los separaba en aquellos momentos. ¡Cuánto echaba de menos a su mujer!

En esos instantes de nostalgia, Águeda se abrazaba a su padre hasta que él la besaba suavemente por encima de la diadema que solía llevar en la cabeza. Después, Daniel se retiraba a su habitación con una excusa cualquiera, pues no le gustaba que su hija lo viese llorar. Pasaba casi todo el tiempo libre en casa. Nunca salía con los amigos, a pesar de que estos insistían. Para Daniel, encerrarse en su cuarto con

la Christie y sus crímenes era su forma de guardar el luto a Elisa.

Y por último estaba Baltasar.

El pequeño no llegó a conocer a su madre, pues ella murió en el parto. Padre e hijo nunca se habían llevado demasiado bien. Quizá fue por crecer sin el cariño materno o por madurar demasiado temprano, pero Baltasar carecía del apego que sentían sus dos hermanos por su padre. Quería a Daniel, sí, pero veía en él algo parecido al reproche, como si su padre no pudiera evitar responsabilizarlo de la muerte de su madre. Fue el primero que se fue de casa. Dejó los libros en bachillerato y empezó a trabajar en bares, primero como camarero, luego como encargado hasta que decidió probar suerte y ser su propio jefe. Abrió un local nocturno y le fueron bien las cosas. A ese primer establecimiento se le fueron sumando otros, siempre relacionados con el mundo del ocio nocturno, con lo que se fue afianzando en el negocio de la noche madrileña. Los años y la distancia habían apaciguado su carácter explosivo y empezaba a llevarse mejor con Daniel, aunque no se veían demasiado y, tal vez fuera gracias a ello.

Daniel dejó pasar unos kilómetros más hasta comenzar a cumplir con sus obligaciones. Saludó a Manuel, el camarero del coche-bar, con una leve inclinación de la cabeza y se dirigió con paso firme al primero de los vagones de segunda clase. Entró en el primer compartimento. Solo lo ocupaban dos pasajeros y ambos se dirigían a Guadalajara. Les pidió los billetes, los miró con atención y continuó su ronda. Memorizó sus caras, como hacía siempre con los viajeros que sacaban billete con destino a las primeras estaciones. No era raro que algunos quisieran escatimar unos duros pa-

gando el viaje hasta la siguiente parada y, con la excusa de haberse despistado, se bajaban dos pueblos más allá. Pero Daniel era perro viejo y siempre los cazaba.

La puerta del baño estaba cerrada, así que llamó con suavidad pidiendo el tique. Una mano de mujer le alargó el trocito de papel sin abrir del todo la puerta. Daniel lo validó y esperó cinco minutos hasta que asomó otro pasajero, naturalmente sin ningún tique. Daniel cobró la multa sin alterarse y le extendió el justificante. Apenas medió palabra. Le bastó con una mirada escrutadora directa a los ojos. El tramposo nunca aguantaba la vergüenza de verse pillado.

En el siguiente coche, Daniel reconoció a los tortolitos del bar de la estación. Ocupaban asientos contiguos, pero trataban de disimular su relación. Ella miraba por la ventanilla. Tenía unos ojos tristes y, paradójicamente, una sonrisa encantadora. Parecía como si su mirada quisiera negar lo que decían sus mejillas, sonrosadas y lozanas, en contraste con su tez clara. Cada uno llevaba su billete y los dos se dirigían a Zaragoza. Junto a ellos, un joven estudiante procuraba que la pila de folios que sostenía sobre las piernas no se le cayese. El joven, buscó torpemente el billete en los bolsillos hasta que recordó que lo había utilizado como marcapáginas en otra montaña de apuntes que descansaba sobre el asiento contiguo. Al tratar de cogerlo, los folios que sostenía en el regazo se desparramaron por el suelo del vagón y se maldijo a sí mismo por no haberlos numerado. Daniel no pudo evitar curiosear sobre la materia de estudio del pasajero: «Los efectos de la digitalina sobre el cuerpo humano».

—¿Estudias Medicina?

—Farmacia. Estoy en quinto curso —contestó él, con orgullo.

Frente al aprendiz de boticario sesteaba un infante de Marina. Había estado toda la noche de guardia y viajaba de permiso de fin de semana. El petate, en el que las manchas pardas habían vencido al blanco primitivo, descansaba sobre el estante emparrillado y describía un viaje de ida y vuelta con cada curva de la vía. Daniel carraspeó para llamar su atención y el soldado se reincorporó para mostrarle su billete.

Antes de solicitárselo, el quinto pasajero ya exhibía el tique con impaciencia y altanería, como si quisiera demostrar que era alguien importante y merecía un trato privilegiado.

—Soy el alcalde de Ateca —anunció con una mueca de fastidio al verse relegado.

«Por mí como si es el obispo de Jaca», pensó Daniel. A pesar de que la joven democracia se estaba asentando en la sociedad española, todavía quedaba un regusto rancio en los se sabían con una parcela de poder, por muy pequeña que fuese. A Daniel le corroía las tripas.

—Coche número siete, compartimiento tres. Es correcto, pero está usted sentado en una plaza que no le corresponde —dijo Daniel, solo por reafirmar su autoridad.

El alcalde de Ateca agachó la cabeza y desplazó su anatomía hacia donde le había indicado el revisor. Lo hizo mascullando algo entre dientes que bien podía ser un insulto. Daniel prefirió ignorarlo. Observó que la velocidad del tren disminuía de forma constante. No se oían los frenos, pero era evidente que algo sucedía.

Atravesó los vagones hasta llegar a la locomotora. Allí, el maquinista, frenaba con suavidad el convoy.

—Me han avisado por radio. Hay desprendimientos a treinta kilómetros de Medinaceli.

—Siempre igual. El día que llegemos puntuales, creeré que estamos en Suiza.

—No seas cafre, Daniel, que en todas las casas cuecen habas.

—Y en la mía, a toneladas —dijo Daniel completando el dicho mientras constataba cómo una enorme piedra obstaculizaba la vía—. Vamos a tener que hacer noche en Zaragoza.

Esperaron pacientemente durante dos horas. Finalmente, una excavadora pudo despejar la vía y el maquinista reinició el viaje poco a poco, hasta que le informaron por radio de que el peligro de desprendimiento había cesado.

Cuando Daniel continuó su ronda por los vagones, los pasajeros estaban inquietos y protestaban por el retraso, pero el revisor sabía que lo mejor era poner buena cara, aguantar el chaparrón y continuar con su trabajo.

El estridente pitido de la locomotora anunció al pasaje que todo volvía a la normalidad. El maquinista apuraba la potencia, el traqueteo hacía oscilar los equipajes, y los postes de luz que flanqueaban la vía pasaban a mayor velocidad ante los ojos de los viajeros.

Con varias horas de retraso, el expreso Madrid-Zaragoza llegó a la estación de Medinaceli. En ella esperaba un único pasajero, sin equipaje, cubierto con un enorme gabán que parecía salido de otro tiempo. En su mano derecha sostenía una lata de refresco.

Subió al vagón con cierta dificultad y esperó a que reiniciase su marcha para deambular como un grotesco tentetieo por los pasillos en busca de un asiento. A pesar de que el resto de los coches estaban prácticamente vacíos, atravesó el convoy hasta llegar al compartimiento tres del coche número siete.